

puede menos de notar con que facilidad el general del ejército de Italia salia del círculo constitucional de sus atribuciones, hasta en su correspondencia de oficio con su gobierno. Habia conquistado la impunidad del ingenio.

Con esta misma autoridad, escribia al Directorio el 23 de septiembre: « Ha llegado antes » de ayer al ejército de Italia un oficial que » viene de Paris, de donde ha salido el 29 de » fructidor, y ha hecho correr la voz de que en » la capital se tiene recelos sobre mi modo de » pensar acerca de los acontecimientos del 18. » Traia una especie de circular del general » Augereau á todos los generales de division » del ejército... Estos hechos prueban que el » gobierno tiene conmigo la misma conducta » que se tuvo con respecto á Pichegru despues » del 13 de vendemiaire. Os ruego, ciudada- » nos directores, me exonoreis del mando; » ningun poder sobre la tierra será capaz de » obligarme á continuarsirviendo, despues de » esta horrible señal, que estaba muy ageno de » imaginar, de la ingratitude del gobierno.... » La situacion de mi espíritu necesita volver á » templarse, viviendo entre mis conciudada- » nos. Hace mucho tiempo que un gran poder

» se me ha confiado; he usado de él en todas » las circunstancias para el bien de la patria. » Tanto peor para los que no creen en la vir- » tud y que podrian haber sospechado la mia, » hallaré mi recompensa en mi conciencia y » en la opinion de la posteridad. »

Al recibir esta carta el Directorio tuvo una junta extraordinaria; hizo redactar, bajo sus propios ojos, una larga justificacion, por la que se entregaba á disposicion de su general. *La tranquilidad de la República nos quita la posibilidad de pensar en la vuestra.... El Directorio ejecutivo no duda de las virtudes del general Bonaparte y confia en ellas... El 18 fructidor, la Francia ha vuelto á tomar en la Europa el lugar que la corresponde, y necesita de vos para mantenerse en él....* » Lo que significaba que el Directorio necesitaba de Bonaparte para hacer la guerra. El general se prometió á sí mismo aprovechar, sin reserva ninguna, la nueva confianza que se hacia de él, y para imitar al Directorio, cuya política se habia vuelto de repente tan belicosa, se propuso arreglar por sí los destinos de la Francia, con relacion al Austria, en virtud del poder de dictador, que se le conferia con liberalidad.

He aquí la marcha de las conferencias desde los preliminares de Leoben , firmados el 18 de abril. Bonaparte, valiéndose de Clarke, habia dado un movimiento tan rápido á la negociacion con el marques de Gallo , que desde el 6 de mayo se determinaron las bases del tratado de paz , que se concluyó el 9 de octubre siguiente. Estas bases eran: 1ª los límites del Rin para la Francia; 2ª Venecia y los límites del Adige para el Emperador; 3ª Mántua y los límites del Adige para la república cisalpina. El 19 de junio , el Austria, desmintiendo al marques de Gallo , habia enviado al conde de Meerweldt , y no queria tratar sobre la paz , como no fuese en el congreso de Berna abierto igualmente á sus aliadas la Rusia y la Inglaterra. Bonaparte no habiendo admitido la proposicion , el ministro Thugut renunció al congreso. Bonaparte residia en Montebello, donde se siguieron las conferencias empezadas el 1º de julio en Udina , entre el general Clarke y el conde de Meerweldt. En aquella época, el Directorio deseaba la paz con ansia , al paso que el Austria no manifestaba mucha impaciencia. Los meses de julio y agosto pasaron en conferencias , en fin la

jornada del 18 fructidor desvaneció las esperanzas que el Austria habia formado desde la firma de los preliminares , con los síntomas de una revolucion contra el Directorio ; pero viendo con espanto la terrible victoria conseguida por el republicanismo , se apresuró á enviar su plenipotenciario, el conde de Cobentzel , que llegó de repente á Udina con plenos poderes. Clarke , habiendo sido llamado á Paris , Bonaparte se trasladó á Paseriano , á cuatro leguas de Udina , y el 29 de septiembre empezaron las negociaciones con el conde de Cobentzel, que se presentaba asistido del marques de Gallo , del conde de Meerweldt y del baron de Engelmann. Bonaparte era solo; el Austria y el Directorio habian mudado papeles; mientras Cobentzel instaba á Bonaparte para que concluyese el tratado, el Directorio, por su correspondencia secreta y con insinuaciones indirectas, procuraba inducirle á que rompiese las hostilidades , pero se negaba á enviar refuerzos al ejército de Italia y á ratificar el tratado de Turin , y sin embargo pretendia firmar la paz de Viena.

La posesion de Venecia se ofrecia naturalmente como campo de discusion, en que el ga-

binete de Luxemburgo desafiaba al de Viena. Esta alta cuestion, pendiente todavía para los que opinan que ninguna potencia tiene el derecho de traficar de un pueblo, agitaba entonces con violencia los espíritus republicanos, y el Directorio era un eco fiel de la opinion de la capital y de los principios de toda la Francia, cuando, el 8 de vendemiaire (29 de septiembre), contestaba á Bonaparte con relacion á las bases de la paz: « Tratarémos como vencidos independientemente de » la vergüenza que recaerá sobre nosotros por » haber abandonado á Venécia, á quien vos » mismo juzgais tan digna de ser libre..... » Calculemoslo todo á lo peor; admitamos la » hipótesis que alejan sin duda vuestro ingenio y el valor de vuestro ejército; suponémosnos vencidos y echados de la Italia..... » á lo menos no habremos tenido parte en una » perfidia que no tiene disculpa. » El mismo día, el ministro de las relaciones exteriores envió al general Bonaparte el *ultimatum* del Directorio. « El Emperador tiene que renunciar » á Mántua, á la tierra-firme y al Friul veneciano. » Esto equivalia á una declaración de guerra. El Directorio anunciaba su intencion

de dar al Austria la Istria y la Dalmacia veneciana con Trieste, y en lugar del Adige, señalar el Lisonzo, como límite; lo que queria realmente, y habia en esto mucha generosidad de su parte, era la libertad de la Italia entera. Al mismo tiempo tambien, queria que siguiesen las hostilidades, y conforme á este plan, el ministro Talleyrand añadia: « Haced » ver á los Venecianos que sus intereses son » los que se discuten aquí, y que queremos » continuar la guerra únicamente para asegurar su libertad y sustraerlos al dominio de » la casa de Austria..... » De manera que Venecia, con quien se acababa de ajustar la paz en Milan, Venecia constituida de nuevo sobre unas bases enteramente democráticas, y arrancada en nombre de la libertad, por la victoria francesa, al yugo de la oligarquía despótica, ocupaba profundamente el pensamiento del gobierno.

Entretanto, si la cesion de Venecia daba lugar de parte del Directorio á una grande oposicion, la cesion de Maguncia repugnaba tanto ó mas al Austria, y el conde de Cobentzel pedia en lugar de la línea del Adige la del Mincio. « *Este es nuestro ultimatum*, decia,

pues si el Emperador mi amo consiente en daros las llaves de Maguncia, la plaza mas fuerte del mundo, le seria muy vergonzoso el no cambiarlas contra las de Mántua: » Esta ciudad, de la que el Austria no quería disponer, sin creer su honor comprometido á los ojos de la Alemania, no le pertenecia de ningun modo, ni siquiera por derecho de conquista; por consiguiente no habia comparacion entre Mántua y Maguncia. Y como el plenipotenciario se empeñaba en sostener que esta proposicion era el *ultimatum* de su corte, despues de haber apurado todos los recursos de la cancillería y tambien las conferencias confidenciales, fue preciso, por ambas partes, recurrir á la suerte de las armas. En efecto, las tropas francesas pasaron el Piave y ocuparon la orilla derecha del Lisonzo. Los Austriacos, por su lado, se acamparon sobre el Drave. *Se conferenciaba*, dice Bonaparte, *al ruido del tambor*. El 16 de octubre, las palabras fueron tan vivas en Udina en casa del conde de Cobentzel, que Bonaparte se levantó y le dijo: « *Y bien, rompase la tregua y declarese la guerra; pero acordaos que antes que se acabe el otoño romperé vuestra monarquía como*

rompo esta porcelana.» Y, diciendo esto, tiró al suelo un juego de porcelana que Catalina II habia regalado al conde de Cobentzel, saludó al congreso, y volvió á Paseriano. La accion era algo violenta en una ocasion tan grave; pero Bonaparte acaso se dejó llevar de este movimiento de cólera, por la amenaza que le hizo el conde de Cobentzel de la reunion del ejército ruso, con el ejército austriaco. Al subir al coche, envió un oficial á dar aviso al archiduque Carlos que las hostilidades volverian á empezar dentro de veinte y cuatro horas. El conde de Cobentzel, habiéndolo sabido, despachó tras Bonaparte al marques de Gallo, autorizándole con un poder firmado para admitir las condiciones de la Francia. El dia siguiente, 17 de octubre, el tratado se concluyó en Paseriano, en casa del general Bonaparte, aunque con la fecha de Campo-Formio, aldea situada entre Udina y Paseriano que habia sido declarada neutral. Al redactar el primer artículo del tratado, el secretario habiendo puesto: « *El Emperador de Alemania reconoce la República francesa*, Bonaparte le dijo, *borrad este artículo; la República francesa es como el sol; el que no la ve es*

ciego. El pueblo frances es dueño en su casa ; ha hecho una República ; acaso mañana hará una aristocracia ; pasado mañana una monarquía , tiene para hacerlo un derecho imprescriptible ; la forma de gobierno es un mero asunto de ley interior.» Bonaparte se mostraba guerrero, diplomático y hombre de doctrinas á su modo. Semejante profesion de principios caracteriza singularmente un tratado conquistado, las armas en la mano, sobre el Austria y sobre el mismo Directorio, cuyos destinos pesaba su general en gefe con estas palabras tan extrañas. La firma puesta en este tratado infringia completamente las instrucciones del 29 de septiembre. Bonaparte, usando del poder discrecionario que le habia concedido el Directorio, despues de la jornada del 18 fructidor, enmedio de los embarazos en que se hallaba, y en contestacion al pliego en que pedía la exoneracion, no quiso acordarse sino de las instrucciones del 6 de mayo, y de las bases de Montebello, aprobadas por el Directorio.

Esta gran campaña hizo firmar al Emperador, sobre los restos de seis ejércitos austriacos, y fuera de las puertas de esa hermosa

Italia, un convenio, por el cual reconocia como límites naturales de la Francia, el Rhin, los Alpes, los Pirineos, y el Océano; la existencia política de la república cisalpina y la cesion del Brisgaw, dado al Margravio de Baden, con el fin de alejar los Estados hereditarios del Austria de las fronteras de la Francia. El tratado sometia tambien á la República el archipiélago veneciano. En fin, en Radstadt, en donde debia negociarse la paz de la Europa, una estipulacion militar entre el general Bonaparte y el conde de Cobentzel, iba á éncerrar en la nueva línea del Rhin la gran fortaleza de Maguncia, el territorio prusiano y los Estados laicos y eclesiásticos, situados sobre la orilla izquierda. En cuanto al Austria, recibia Venecia, la Istria, la Dalmacia y las provincias de tierra-firme hasta el Adige. Debía ademas ser indemnizada en Alemania, de todo cuanto perderia la Prusia sobre la orilla izquierda del Rhin. Tal fue el decreto de la justicia diplomática que presidió á las estipulaciones de Campo-Formio, de las que resultaban: tres millones y quinientos mil habitantes para la Cisalpina, sucursal en Italia de la República francesa, cuatro millones para

la Francia, y dos millones para el Austria. El general Bonaparte dió el encargo al general Berthier, gefe del estado mayor, y al sabio Monge, de llevar el tratado al Directorio. El uno representaba al ejército y el otro á las ciencias; lo que era honrar á un tiempo á la patria de las artes y al valor nacional.

La posicion de Bonaparte en Paseriano era tanto mas difícil, quanto la cuestion que se trataba de resolver le interesaba doblemente, como general en gefe y como plenipotenciario, y era el único juez del partido que habia que tomar. Hasta la toma de Mántua, siempre habia querido continuar la guerra, y despues siempre habia deseado la paz. Sin embargo, el conde de Cobentzel se engañó sobre esta intencion, y en la conferencia del 16 de octubre le habia dicho con orgullo que su corte preferiria huir de Viena, antes que firmar semejante paz, y que él (Bonaparte) sacrificaba sus deberes de negociador á sus deseos de general, y que seria responsable de toda la sangre que iba á derramarse. Con todo, fue por haber tomado una actitud hostil, que Bonaparte arrancó al Austria el tratado, cuyas bases ha-

bian sido fijadas por él mismo en Montebello, hacia mas de cuatro meses. Reducido á ser solo árbitro en un asunto, del que, segun su opinion, dependia la seguridad de la República, mucho mas que la de la corte de Viena, quedó convencido que una buena paz valia mas para la Francia que nuevas victorias. « *No dudo*, escribia al ministro Talleyrand, *que la crítica procurará despreciar por todos los medios posibles el tratado que acabo de firmar.* » Hizo valer la necesidad en que se hubiera hallado de conquistar dos ó tres provincias austriacas. El Emperador podia oponerle ciento y cincuenta mil hombres y cuarenta mil que tenia en reserva; mientras él apenas podia oponer cincuenta mil soldados, y ademas siempre le hubiera dado cuidado el tener Venecia á sus espaldas. Las montañas ya estaban intransitables con motivo de las nieves; las conferencias de Lila con la Inglaterra se habian roto; otra coalicion se preparaba; la guerra con el Austria cesaba de ser una guerra nacional y popular; habia parado en guerra de gobierno, etc. Tales son las consideraciones que Bonaparte alegaba para justificar su conducta diplomática; la